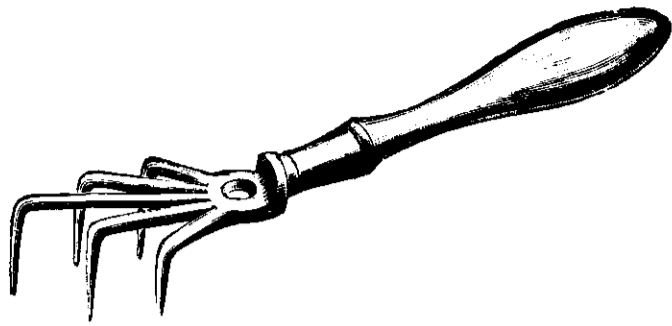


la celebridad es la conciencia del horror

aldo pellegrini



Buenos días, señora (1) Jorge Luis Borges.

(1) Como lo imponen la ley y la costumbre, inicio estos comentarios con un autor nacional. Esta costumbre, impuesta por un sano nacionalismo, nos permite apreciar a celebridades que por el hecho de estar muy próximas tenemos cierta tendencia a desvalorizar. Me atrevería a decir que la frase de nuestro autor nacional gana en su cotejo con las de las celebridades internacionales, y debo añadir que su hallazgo no fue resultado de una búsqueda minuciosa. La elegí así, un poco al azar, seducido quizá por su delicada transparencia. Sin embargo, si se la contempla atentamente, se descubre más allá de esa transparencia una tenue opacidad, como un vaho que se fuera densificando a medida que se penetra más hondo; entonces es necesario detenerse, pues de avanzar un solo paso más se caería verticalmente en la noche universal de la infamia. En esa profundidad última, en esa sagrada tiniebla, se oculta el horror a la vida, la exaltación del vacío literario.

Puede decirse, sin exagerar, que la frase motivo de este comentario encierra la mayor síntesis expresiva que pueda dar el lenguaje. En primer término, resulta evidente que la componen dos partes, separadas por la coma. A la izquierda de la coma la expresión "buenos días" representa el universo en su totalidad, lo cósmico, y en ella por sucesivas escalas de significados, cada vez más incandescentes, se parte de una aparente benignidad climática (lo terreno) hasta un inconcebible fuego monstruoso (lo sideral), de la tibieza se pasa a la ignición de lo soportable para el hombre a lo insoportable para los dioses. A la derecha de la coma (señora) está lo simplemente humano (señora) pero en su forma originaria, en su sentido de gran matriz (señora), como comienzo y fin, como cristalización de la misteriosa energía que es la vida.

Si se contempla ahora la frase desde la perspectiva de estos sorprendentes hallazgos se la nota animada de cierto vaivén, que depende seguramente de su asimetría. En efecto: sus partes represen-

tan pesos diversos aunque cambiables: en ciertos momentos, el mayor peso recae sobre el mundo, en otros sobre el elemento humano (señora). En este vaivén el autor ha querido señalar todo lo que de inquietante tiene el conocimiento, y que éste comporta una corriente ininterrumpida, pero alternada, que va unas veces de la objetividad a la subjetividad, otras de la subjetividad a la objetividad.

Lo admirable en esta frase es que la coma no sólo separa sino que — como todo lo que separa — une, y esta unión es definitiva y absoluta: en ella se funden el ser humano, la gran matriz (señora) con el universo, con su clima (buenos días), con todos los climas posibles hasta llegar a la definitiva y absoluta ausencia de clima (literatura).

Pero hay además en esta frase cierta severidad aristocrática, cierto tomar partido por lo mejor, unida a una sutilísima ironía como si se diera a entender que las letras exangües son el mejor remedio para la vida. Hasta diría que este matiz de vaga y lejanísima burla es lo que la distingue de la misma frase pronunciada por un hombre del pueblo. Cuando éste la pronuncia, quiere significar simplemente "buenos días" y se vuelca íntegramente en ella, no así nuestro celebrado autor, quien al deshabitarla del hombre concreto y del mundo concreto, alcanza esa sublime inexistencia de todo, que es la literatura pura o parametáfrica, mediante la cual nos sumergimos en la universalidad del vacío.

Quando los dos gases mencionados previamente se mezclan en presencia de un filamento de platino, forman ácido sulfúrico (2) T. S. Eliot.

(2) Esta frase nos sorprende por su mirada sibilina. En la lenta amplitud de su desarrollo revela el proceso de la creación del cosmos con extraordinaria riqueza simbólica. Explica cómo nace la materia y adquiere al instante su siniestra cualidad corrosiva (ácido sulfúrico) de una presencia casi inexistente (filamento de platino); diríamos de una presencia sin presencia. En esta presencia sin presencia existe ya todo pero inevitablemente vacío. La creación del mundo es inútil y esta inutilidad se revela en el carácter corrosivo (ácido sulfúrico) de la realidad. A la realidad

quemante y destructora el poeta opone un universo originario hueco y desierto. El simbolismo del filamento de platino es aún más concreto: representaría el sol hueco, la idea metafísica de la existencia vacía frente a la vida peligrosa y ardiente. ¿Qué es, entonces, en última instancia, la creación del mundo? Es la creación del vacío. En el chisporroteante orgullo de la materia circula una sangre de vacío. El hombre es hueco y el mundo desierto. Sólo la literatura lo domina todo, eterna, inextinguible. La literatura es la envoltura de ese mundo vacío: un vacío que envuelve al vacío.

Dios creó el mundo en siete días. Fue una tarea un poco apresurada. El mundo no es perfecto. Al literato no le cuesta trabajo vaciarlo. Dios creó la vida, y la literatura recubre de vacío esa creación vergonzosa. La naturaleza que nos rodea es peligrosa y agresiva (ácido sulfúrico), la literatura la vuelve inocua. La vida nada tiene que ver con la literatura; la literatura tiene que ver con el vacío. Cuando el poeta cumple rigurosamente con esta función de la literatura, cuando devuelve el universo y la vida al vacío, entonces recibe solemnemente el Premio Nobel de Literatura.

¡Pamplinas, muchacho! (3) William Faulkner.

(3) Hay frases que nos reciben con una mueca y ésta es una de ellas. Creo necesario aclarar que ciertas sutiles excelencias que nos sorprenden de entrada pueden atribuirse al traductor, pero en su esencia, la frase expresa tan bien el espíritu y la obra de Faulkner, que parece como si el traductor hubiese querido contribuir a la exactitud del comentario.

Para Faulkner el mundo es un universo de sufrimientos, narices sangrantes, violaciones, abortos, gangrenas, pero (¡pamplinas!) no nos apresuremos, todo ello puede ser mejorado por la literatura. No hay que tomar las cosas demasiado en serio (¡pamplinas!), los sufrimientos y la carroña tienen su lado pintoresco, y la literatura revela su grandeza al utilizarlos como materia primara para el arte. Hábilmente empleado por un literato que conozca su oficio, el sufrimiento en su aspecto anecdótico comunica a la obra de arte un no sé qué de picante, cierto refina-

miento agrídulce, que abre el apetito y despierta el interés en esa sensibilidad un poco embotada por los placeres comunes, me refiero a la sensibilidad del snob, consumidor fundamental de la mercadería artística.

El sufrimiento, en su aspecto anecdótico y pintoresco, nada tiene que ver con la verdadera vida, es sólo un motivo para excelentes ejercicios literarios. El diálogo interior, la confusión del tiempo, la imbricación de temas, la confusión mental, son todas pequeñas técnicas que están a disposición del literato hábil. Manejadas con buen gusto y equilibrio y mezcladas con una razonable dosis de realismo, se logra hacer perder al sufrimiento su carácter, obteniendo exquisitos e incitantes platos literarios, llenos de ambiente y rutilantes de color para placer y regocijo de los snobs. Entonces las narices sangrantes y los abortos, las piernas gangrenadas y las taras mentales son especies estimulantes que producen un delicado cosquilleo en los sentidos adormecidos de esos sutiles señores (los snobs). Los críticos se entusiasman, los novelistas avanzados en todos los países imitan, y el sufrimiento gesticula cada vez más distante.

La vida auténtica es peligrosa, pero la literatura (¡pamplinas!) la encierra detrás de sólidas rejas y entonces resulta un espectáculo divertido como el de los leones en el circo.

Conclusión

Del análisis de las frases de estos escritores célebres se desprende el incalculable poder de la literatura. Mediante ella los hombres pueden alcanzar un estado de complaciente embeleso y refinada imbecilidad que de generalizarse, puede llegar a la supresión de las guerras y al aniquilamiento total del sufrimiento. Tal es el objeto de la llamada cultura del siglo XX. Gracias al poder de tales escritores, la vida misma puede desaparecer asfixiada por un cúmulo de minúsculas y bien dosificadas sensaciones literarias. Desgraciadamente, las masas, brutalmente vitales, sienten repulsión por la cultura; rechazan el vacío, y prefieren, por encima de todo, simplemente vivir.

Aparecido en A partir de O, No. 3 (Segunda época), septiembre de 1956, Buenos Aires.

